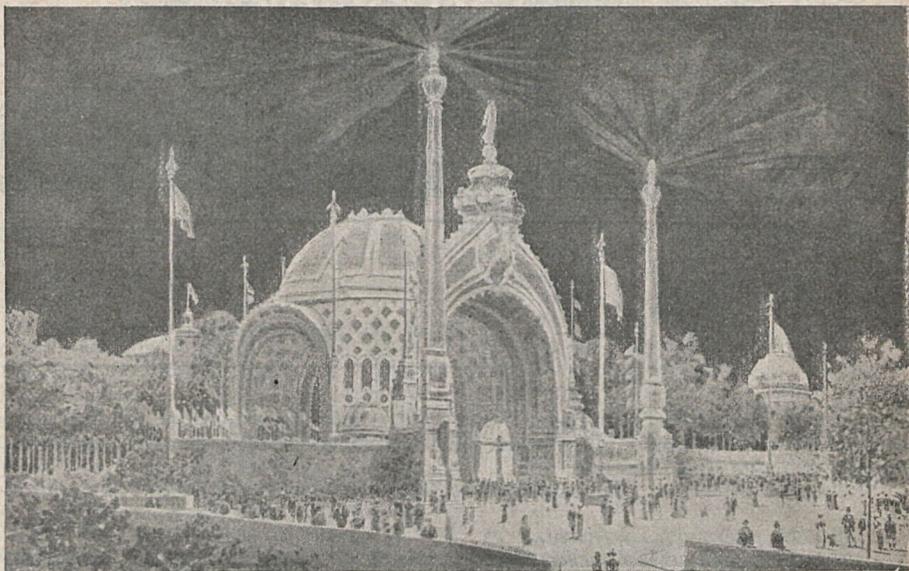


—*Seu moito* hermosa la parisién.
Y á la portuguesa, indignada y celosa, todo se le volvía decir: — *A'noite veremos.. A'noite.*



La puerta monumental.

Cuando terminamos el almuerzo, mi amigo, que es un apasionado de Tolstoy, me rogó que fuéramos á ver el pabellón de la Siberia.

—¿Pero estás loco?... ¿Tú crees que eso está ahí, á dos pasos?...

Que quieras que no, allá fuimos, montando en la plataforma giratoria—con lo que á mi amigo le entró una vomitona que á poco echa hasta la papilla,—y deteniéndonos en la calle de las Naciones, delante del dichoso pabellón de la Rusia Asiática.

Entramos. Aquello es un lío. Aldeanas con ojos de cabra triste, *mocijiks* metidos en sus sayos de piel de oso, trineos, cabañas.

Y sobre todo, allá, en el piso principal, una especie de camarote que da más vueltas que un trompo. Sentados allí y traqueteados por las vueltas, desfilaron ante nosotros un hermoso panorama siberiano. Montañas enormes nevadas, rebaños de renjíferos corriendo, aldeas pobres, estepas en que pastaban manadas de caballos flacuchos, grandes ríos surcados por canoas... ¡La mar!

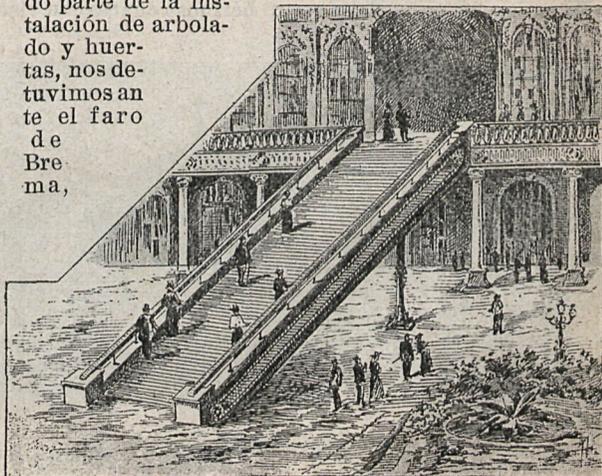
Salimos medio locos. Luego, metiéndonos Sena arriba y atravesando parte de la instalación de arbolado y huertas, nos detuvimos ante el faro de Brema,



Estatua de la villa de París.

gallarda torre hecha de ladrillos de cemento, en lo alto de la cual está el faro que, alzándose entre mástiles y velas, vierte de noche sus luces de color sobre barcas y bergantines que, colgados en el aire, navegan en el espacio...

Una tribu de japoneses que, después de corretear por París, volvían á su pabellón, medio *curdas*, co-



Escalera móvil.

menzó á dar aullidos, que no eran otra cosa sus *ki-li-ang* ensordecedores. Y mi amigo que es un andaluz cerrado, más vivo que la pólvora, decía:

—¡Camará! ¡Y pensar que esta gente anda *zuelta*, cuando en mi cortijo amarran á los mastines!...

Y, la verdad sea dicha, los hijos del país del Sol parecían, si no mártires, por lo menos galgos! ¡Corrín más que automóviles por el puente de Alejandro III.

Viéndoles ir y asombrados de que en la *Ville lumière* se permitieran semejantes adesios, mi amigo y yo nos detuvimos cerca del palacio de Bellas Artes.

El gentío aumentaba. Un mar de cabezas que se movían como polichinelas, agitaba enormes sombreros de mujer, llenos de pájaros y flores, turbantes de moros, cascos relucientes de los *sergents de ville* (*quindillas*, para que ustedes lo entiendan), penachos de igorrotos, gorras de marineros... toda una indumentaria de cabeza que mareaba y aturdía.

Mi amigo el malagueño no se fijaba en estos detalles; fijo en su idea de *camelar* á las gitanillas, abría ojos como taza cada vez que una de estas chiquillas provocativas y maliciosas, recogiendo la falda coquetonamente, guiñaba los ojos con picardía, murmurando:

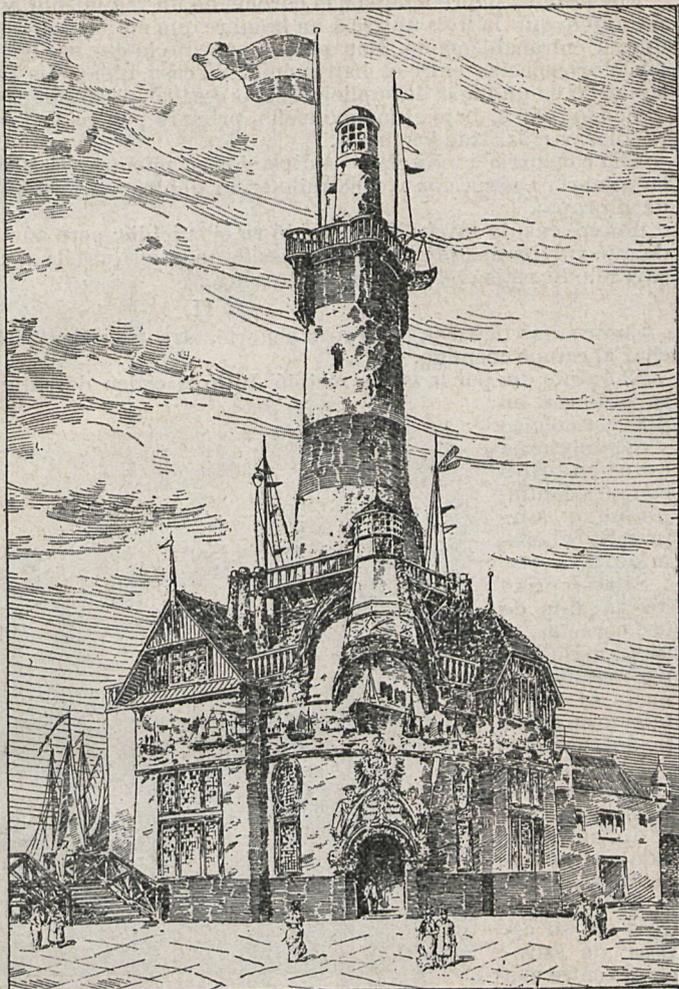
—*C'est lá... L'espagnol est sostí... ¡Ji, jil!*... Y se reía con toda su alma, mientras mi pobre amigo me decía:

—*Mirusté...* A mí que me den mujeres que hablen en cristiano. Pero ¡por vía é los moros! qué ví á jazé yo zi pué zer que me estén tomando el pelo!...

Alberto Estrñai

París, 30 Abril.

(Fotografías de Mr. Lemaitre et ses fils.)



El faro de Bremea.

El Alcàzar de Segovia.

SONETO

Tumba de nuestro muerto poderío,
jirón de nuestros viejos esplendores;
recogen tus estancias los rumores
que se alzan en las márgenes del río.
Mansión radiante ó calabozo umbrío,
tú presenciaste, en épocas mejores,
la fe de los caudillos triunfadores,

del condestable el pérfido desvío.
¡Torre del rey Don Juan, á tus almenas
no ha de llegar, cantando nuestras penas,
el afán del que tímido solloza;
que aún puede Iberia fulminar el rayo,
y hazañas refrescar del Dos de Mayo,
de Lepanto, Bailón y Zaragoza!

RAFAEL OCHOA

LA DESPEDIDA

I

...Elena se había casado con Julio, no por cariño, sino por interés. Era una mujer viciosa; no amaba más que el lujo, el placer, la orgía. No era mujer nacida para el amor; tenía cara de ángel, pero corazón templado en las fraguas del infierno.

Ella era una pobre modista; él coronel de un regimiento, y la diferencia de posiciones fué lo que la hizo unirse á un hombre que no amaba. Julio, por el contrario, la quería entrañablemente. Mas pronto sucedió lo que era de esperar; que empezaron las desavenencias entre el matrimonio. Su casa, que podía haber sido un paraíso, se convirtió en un lugar de suplicio. Jamás cesaban de cuestionar, y por fin concluyeron, viviendo juntos, bajo el mismo techo, primero por pasar las horas sin verse; luego los días, y más tarde los meses.

Ella concurría á toda clase de diversiones, mientras él, el infeliz de Julio, sumido en sombría abstracción y encerrado en su gabinete, consumía su vida olvidado hasta de sí propio.

¡Pobre, cuánto sufría! Hasta pensó en el suicidio; pero aún acariciaba la esperanza de que volvieran aquellos felices días de amor en que ella le decía á todas horas: «tuya soy; sólo tú serás el dueño de mi corazón»...

II

Cuatro días llevaban las tropas acuarteladas. Se esperaba sólo el aviso para marchar al campo enemigo.

El quinto día por la tarde recibió Julio la orden de salir con su regimiento para proteger un plan estratégico y maniobrar en combinación con otra columna para sorprender al enemigo.

Sintieronse los toques de las cornetas, y un segundo después estaba formado el regimiento en el patio del cuartel.

Julio se hallaba como siempre impávido, atormentado por el dolor de no haber podido despedirse de su esposa; de estrecharla entre sus brazos antes de partir.

Pero aun tenía tiempo, pues

aunque los minutos eran contados, aunque cualquier retraso podía dar lugar á que el enemigo entrase en la población; sin embargo, con un segundo tenía bastante para verla, y llevó su idea á cabo.....

III

El sol empieza á teñir el campo de batalla; todo está triste, silencioso, desierto; tan sólo se ven algunos cadáveres por el suelo, bañados en sangre...

El ataque de la noche anterior fué rudo y fiero; las tropas leales habían sido derrotadas, por llegar tarde al sitio designado el regimiento que venía de la población...

El ronco ruido de una descarga de fusilería turba aquel silencio. ¡Es un fusilamiento! Larga fila de prisioneros espera llegue el supremo instante de ser pasados por las armas...

También entre ellos está Julio; ¡el más culpable! ¡el coronel que había llegado tarde con su regimiento al campo de la lucha!...

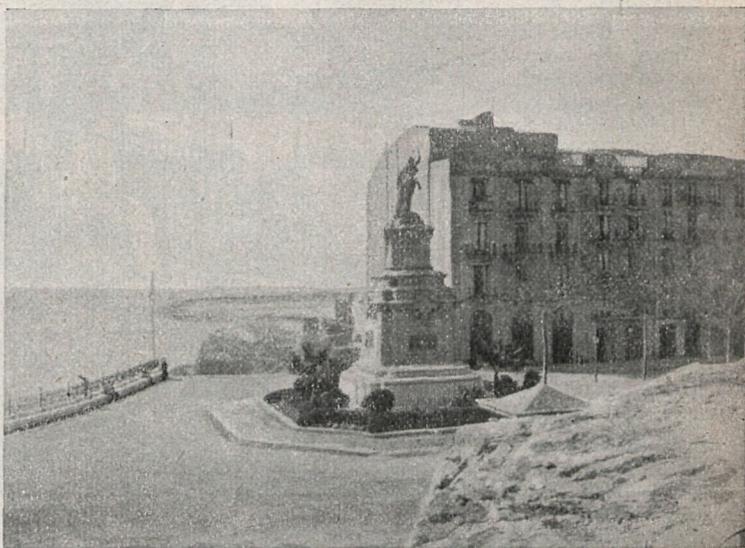
Un anciano acaba de llegar á aquel horrible lugar.

Con paso inerte, con la mirada espantada, con su rostro comparable sólo al de un cadáver, atraviesa entre los prisioneros, se acerca á Julio y le abraza.

Este vuelve la cabeza y su rostro se anima; sus ojos, sin expresión ya, brillan de nuevo; sus labios pretenden entreabrirse para dar paso á una sonrisa... El que viene á verle es Juan, su criado de confianza. ¡Le traerá noticias de su esposa!

—¿Y ella? ¿Y Elena?—le pregunta.

Y el anciano, con los ojos inundados por las lágrimas,—¿Elena?—contesta.—¡Elena ha huido con un jefe enemigo!...



TARRAGONA.—Monumento á Roger de Flor.—Balco del Mediterráneo.

Inst. de J. Oller Domingo.



DEL ARTICO AL ANTÁRTICO

Notas cosmopolitas
por Lazram O'Nairam.

En Asnieres, pueblecillo inmediato á París, existe un nuevo cementerio, creado gracias á la iniciativa de la Sociedad protectora de animales, para dar sepultura á los restos de sus *protegidos*. No se trata de un simple estercolero, sino de una verdadera necrópolis, con sus sepulturas, lápidas, epitafios y hasta panteones. Cementerio que se ve muy concurrido sobre todo por viudas y huérfanas, que si nose acuerdan de ir á visitar los cementerios donde reposan sus difuntos maridos ó padres, en cambio no olvidan á su perrillo favorito, á su querida y mimada gatita de angora,

ó á su idolatrado canario. Como de lo ridículo á lo sublime no hay más que un paso, la sonrisa de desdeñosa burla que esta noticia nos produce en un principio, no puede menos de trocarse en profunda meditación ante la grande y á veces amarga filosofía que encierran muchos de los epitafios que se leen en dicho cementerio. He aquí algunos de ellos.

Sobre el sarcófago del perro *Barry*: *Salvó la vida á cuarenta personas y la cuarenta y una le mató á él.* Un poco más allá del sarcófago de *Barry* y bajo la escultura de un perro yacente: *1895-1900 Homenaje á Loulou. Testimonio de reconocimiento de una madre á quien Loulou salvó en 1895 á su hijo que se ahogaba en el Garona, el bravo Loulou no tenía más que nueve meses y una de sus patas se hallaba rota.* En otro mausoleo hay un perro en actitud de estar alerta y debajo este epitafio: *Me salvó la vida.*

¡Le era deudor de este recuerdo! En la tumba de un minino se lee: ¡Era gato y fué el único amigo leal que he tenido! Y finalmente, como condensando todos y justificando hasta cierto punto este excesivo amor hacia los animales, sobre una lápida se lee este pensamiento de Chamfort:

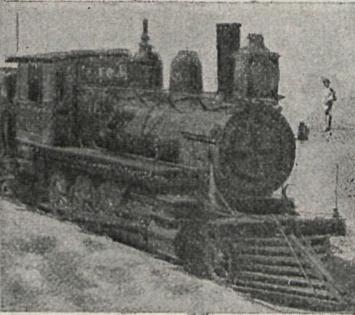
¡Cuanto más se conoce al hombre más se ama á las bestias!

* * *

Un médico inglés (¡inglés había de ser!) ha hecho el cálculo de que la cabeza humana cuenta por término medio con ciento veintisiete mil ochocientos cabellos. El pacientísimo doctor no ha hecho sus cálculos en ningún calvo, sino en cabezas de regular cabellera.

¡Si todos los médicos se dedicasen á estudios tan inocentes como éste, menos víctimas ocasionarían en la humanidad!

* * *



Casas portátiles: Nuestros amigos los yanquis, otra cosa no serán, pero lo que es de iniciativas y de novedades no carecen; testimonio de ello es el adjunto grabado; no satisfechos con sus casas elevadísimas han ideado las portátiles, formadas por fuertes armazones de hierro y que, sin desarmarlas y colocadas en vagonetas, son trasportadas con suma facilidad de una á otra población. ¡Cuántas veces ocurre que un inglés va á presentar su cuenta á su deudor y se encuentra que éste ha volado en busca de mejores climas, con casa y todo!



La jaula de los gorriones.

En una huerta vivían treinta ó cuarenta gorriones y á todas horas tenían entre ellos mil disensiones.

Para que todos cesasen en sus grescas y altercados, acordaron se nombrasen dos gorriones diputados;

los que, de diversos modos, debían con seriedad, establecer entre todos la justicia y la equidad.

Convocaron á elecciones, y de diversos partidos, más de catorce gorriones quisieron ser elegidos.

Los más listos pronunciaban discursos todos los días,

para ver si así ganaban generales simpatías; otros, algo más ladinos, para que fueran votados, prometían dar destinos si salían diputados.

Y dos de aquellos gorriones — que no sabían hablar — regalando cañamones á los que iban á votar, se ganaron la elección sin el menor alboroto, ¡pues no hubo un solo gorrion que les negara su voto!

Hoy los demás les halagan y no hay riñas ni altercados, ¡porque todo se lo tragan los gorriones diputados!

JOSÉ RODAO



Carta abierta.

Sr. D. Sinesio Delgado.

Muy señor mío y amigo: Salvi, que con entusiasmo, aplaudió anoche en Romea á la simpática Prado, la cual es, como usted sabe, tan *Ligerita de cascos* que le vuelve loco al Nuncio con su gracia y con su garbo, ha tenido la ocurrencia de confiarme el encargo de felicitar á usted por el éxito alcanzado. Se que al hacerlo me expongo á que usted, viendo lo malos

que son mis versos, me mande de una puntera al... Parnaso. Pero no es mía la culpa; yo con Salvi pongo á salvo mi responsabilidad, y al mismo tiempo le mando su enhorabuena y la mía, con un apretón de manos de este admirador y amigo con pujos de literato, que está á su disposición si puede servirle en algo.

DEUSDEDIT.

CHARLA

¡Guerra al sombrero de copa!—¡Guerra al automóvil!

Otra vez está sobre el tapete la cuestión de los sombreros; pero ahora no se trata de las monumentales bimbas que impiden ver el escenario á los espectadores que tienen la desgracia de sentarse detrás de una dama con cúpula. Esta prenda de la indumentaria femenina se ha declarado invencible á pesar de los rudos ataques lanzados contra ella en los indispensables *couplets* de todos los apropósitos, despropósitos, disparates y desatinos más ó menos cómico-lírico-bailables y hasta fusilables que á diario producen los ingeniosos monopolizadores del género chico.

Se trata del sombrero de copa, de ese cilíndrico y ya casi popular cubre-cabezas, sentenciado ¡ay! al desuso por el gran regenerador hidráulico.

«La chistera es el símbolo de nuestras calamidades políticas y sociales—ha dicho Costa—y á toda *costa* hay que desterrar esa política y esas chisteras, *costen* lo que *costen*.»

«¡Y á nosotros que nos parta un rayo!»—decía, leyendo la carta de Costa, un sombrerero de la *Costanilla de los Desamparados*.

Y no hay que decir que la epístola del ilustre baturro, leída en Rioseco, ha producido una revolución en la cabeza de todos los españoles, que ahora estamos rompiéndonos los *cascos* (primera acepción, porque hay que distinguir) en busca de un casquete que satisfaga al notario de Graus, y desde la promulgación de la carta de don

Joaquín es peligroso salir á la calle con sombrero de felpa, porque se expone uno á recibir otra ídem.

Ayer mismo, sin ir más lejos, me encontré en la calle del Sombrerete á un Senador gamacista (y aquí también hay que distinguir), padre de ocho hijas *casateras* é incasables, por feas, y el fecundo padre grave de la patria iba haciendo el ridículo. Tenía vendada la cabeza y tapado el ojo derecho igual que los caballos de los picadores, y encima del apósito llevaba puesto un gorro blanco de dormir, en forma de papeleta.

—¿Se ha vuelto loco, amigo D. Patricio?—le pregunté.

—Todavía no; pero si D. Germán no manda pronto y Costa no retira su carta, iré sin remedio

á hacer compañía al cura Galeote. Figúrese que iba yo de paseo con mis cuatro pares de hijas, formadas de á dos, como los niños del colegio, cuando al pasar por una tienda de percales, sale un dependiente y me corta el paso diciendo:

—Caballero: ha llegado el momento de la regeneración. La chistera es el símbolo de nuestra decadencia mercantil. ¡Abajo las chisteras!

Y sin mediar más, me dió un fuerte golpe en la cabeza con la vara de medir, poniéndome el sombrero como un acordeón y el ojo como una ciruela claudia.

—¿Y por qué sale á la calle con ese gorro tan raro?

—¡Oh, amigo! Esto es una medida de precaución y seguridad contra las agresiones de los prosélitos de Costa. Si el sombrero de copa les es odioso porque lo consideran como símbolo de la política funesta, esto, en cambio, debe serles muy simpático, porque por su forma de papeleta, racionalmente pensando, debe ser considerado como símbolo del comercio... de ultramarinos y de todos los comercios que usan envolturas cónicas.

Dejando aparte este pequeño incidente, y otros de su índole ocurridos la semana anterior, he de manifestar que la famosa carta ha llevado gran número de prosélitos al partido de la U. N., porque además de la adhesión de todos los gorreros de la Península é islas, se han sumado también á la política de Paraíso y Costa los innumerables *gorristas* que conviven con nosotros, los primeros *paganos*, y hay que reconocer que Costa, al dar el grito contra los sombreros de copa alta—como dice mi patrona—ha escrito en su bandera el lema más simpático á la mayoría de los españoles, que hace mucho tiempo andaban buscando con linterna un caudillo que los llevase á la consecución de su bello ideal: ¡Vivir de gorra!

Otras gentes, á quienes les es igual que gastemos sombrero calañés ó que lo lleve-
mos de tres picos, se han conjurado contra los automóviles, por considerar que estas
máquinas son perjudicia-
les y antiestéticas.

La guerra á muerte se
ha declarado al mismo
tiempo en el extranjero y
en España. Allí, mirando,
como siempre, á través
del cristal de la conveni-
encia, y aquí, como
siempre también, echan-
do á un lado lo práctico é
inspirándose sólo en la
cuestión de forma.

En otras naciones quie-
ren que las autoridades
garanticen la vida de los
transeuntes, amenazada
por los atropellos constan-
tes de los locomóviles,
cuyos conductores abu-
san, por lo visto, del al-
cohol, con peligro del «fís-
ico individual»; pero esto
tiene mejor arreglo que
nuestro problema econó-
mico, y, según un «rotativo» nocturno, se distribuirán en los trayectos peligrosos al-
gunos adoquines ó guardacantones, para impedir el paso del carruaje y... ¡patal!

Esta feliz idea puede realizarse en forma económica para ellos y beneficiosa para
nosotros, toda vez que aquí les podríamos facilitar gratis, y hasta con dinero encima,
varios de nuestros conspicuos congresos que harían un excelente papel oficiando de
adoquines.

En España es más peliagudo el problema. Aquí, donde nos hemos dejado atropel-
lar de todo el mundo, no toleramos que nos arrolle un automóvil.

Una tabernera de la calle de
la Magdalena, persona de her-
mosura y volumen respetables,
decía á un parroquiano:

—Mire usted, Sr. Gorgonio:
Yo no puedo tragar que me
atropelle un chisme de esos que
han traído, no sé si los franchu-
tes ó de *Ingalaterra*. Que me
atropella, es un digamos, un pa-
rroquiano, siempre y cuando
sea guardando las formas del
honor, ¡bien va!; que me atro-
pella un amarillo ú otro del or-
den, pues me callo, porque ya
sabemos que la autoridaz siem-
pre comete atropellos; que me
atropella un simón ó un tranvía
animal que lleva mulas, pues
me doy árnica en la región le-
sionada, y me achanto; que me
atropella un tranvía elétrico,
pues... cuasi, cuasi, puede pa-

sar, porque al fin y al cabo, el tranvía elétrico lleva *trolí*, y ya se le ve la punta;
pero que se me eche encima un chisme de esos, que son como Silvela, que no sabe
una si va pa adelante ú pa atrás, ¡vamos, que no lo aguantó!

—Seña Trini—le dijo el parroquiano:—habla usted que ni el propio Romero. ¡Duro
con el automóvil!

A. Melanchete

EL SUFRIMIENTO

Para el que sufre no hay dichas,
sólo hay suspiros y lágrimas;
el bullicio le atormenta,
la alegría le maltrata.

Para el que sufre no hay flores,
para el que sufre no hay galas,
ni nace la blanca aurora
al despertar la mañana.

Y sin embargo, el que sufre
tiene una vida envidiada;
que aunque la muerte columbra
dibujarse en lontananza,
como la muerte en la fe
halla un consuelo que encanta,
no tan sólo no la teme
sino que por ella aguarda.

R. FERNÁNDEZ Y ESTEBÁN

Teatros.

Apolo.—*El Motete*, entremés cómico-lírico, original de los hermanos Quintero, música del novel compositor D. José Serrano, estrenado la semana anterior en este teatro, fué un nuevo triunfo para sus autores. El público celebró todas las situaciones cómicas en que abunda la obra, y se repitieron casi todos los números de música; el preludio, la canción gitana, que cantó con sumo gusto y maestría la Pretel, y el pasacalle son números inspiradísimos.

Al final de la obra fueron llamados infinidad de veces á escena los autores, que en unión de Matilde Pretel, Felisa Torres, señorita Navarro y los señores Rodríguez, Carreras, Ontiveros y Fernández recibieron justos y merecidos aplausos.

También en la pasada semana se verificó el beneficio de Joaquina Pino, la cual nos dió esa noche una nueva prueba de los indiscutibles méritos artísticos que posee.

Romea.—El éxito que alcanzó la zarzuela *Ligerita de cascos* fué de los más francos y espontáneos. Ya las primeras escenas empezaron á seducir al público. El diálogo facilísimo, el romance delicado y las bien preparadas situaciones cómicas de la obra, son modelos cincelados y propios sólo de un Sinisio Delgado. De la música, original de D. Luis Torregrosa, se repitieron tres números. Loreto, como siempre, magistral; Chicote, acertadísimo, y á los demás artistas también se les tributaron justos plácemes. Al final de la obra fueron llamados infinidad de veces á escena en unión de los autores.

Eslava.—Con un lleno completo se verificó el beneficio del distinguido primer actor D. José Riquelme, el cual recibió una nueva muestra de las muchas simpatías que tiene en Madrid.

El viaje de instrucción sigue proporcionando buenas entradas.

En «La alegría de la Huerta».



Rafael Gil.

El público con ardor
le aplaude alegre y contento,
porque Gil es un actor
que tiene mucho talento
y canta que es un primor.

Correspondencia particular.

Calderón.—Zaragoza.—Se publicará el anagrama.
J. F.—Avilés.—El epigrama es muy inocente.
A. A. L.—Logroño.—No podemos publicar más que la primera de sus poesías, que es la mejor. Oído á la caja:

*Del beso sencillo y santo
oíste hablar con espant,
mas no llegues á creer
el que un beso haga correr
amargo raudal y llanto.
—¡Cielo santo!*

P. de la L. y A.—Cádiz.—Vea un fragmento de lo que nos remite:

*Cuando contemplo—tanta beldad
siento en mi pecho—juego voraz.
¡Casta paloma!—¡Nítida flor
de los pensiles—del mismo Dios!*

*Ni el mismo Dios aguanta el resto de su composición.
Fernantuso.*—Cartagena.—¡Ahí va el bóldo!

*Paca á su marido Paco
haciéndole señas pilló
á una morena de enfrente
mujer archisuperior,
y Paco exclamó muy oportuno
al verse así sorprendido.*

Pero ¡hombre de Dios! ¿Por qué atenta usted contra la salud pública?

J. C.—La *Consulta provechosa* es inocente y ríspida.

E. M. A.—A. E. P. Segovia.—S. P. Plasencia.—**E. M. A.**—J. F. Avilés.—Riso. No sirven; no valen; no resulta; no es bueno; no está bien hecho; es malísimo; ¡Infames!

M. D.—Coruña.—Su artículo tiene poco asunto y ¡es lástima! Mande otra cosa y no desanime, pues usted tiene buena madera.

J. C. T.—Esos cantares ¡los ha hecho usted con motivo del *Concierto económico*! ¿Para ese concierto son propios!

G. P. M.—Es muy largo; hay que comprimirse.
G. G.—Madrid.—Es mucha candidez la que tiene. Monótono.

C. M. G.—Pero es eso propio *De su barrio*. Pues allá va algo:

*No me pidas esas cosas (¡ah!)
que no te las puedo dar (¡eh?)
¡Las cosas mías las tengo
para poderlas usar! (¡oooh!)*

¡Bribonazo!

J. J. G. R.—Cádiz.—Se publicará la primera... y cuidado con las sofocaciones, pues sería lástima que un talento como usted le desgraciaran las viruelas.